

3º Las tropas provinciales, que tenían casi todas las cualidades de las dos primeras, sin costar tan caro al Tesoro.

4º Los cuerpos auxiliares é irregulares.

Esta organizacion, cuyo principal inconveniente consistia en producir rivalidades y envidia, creaba, sin embargo, emulacion y era admirablemente adaptada á las necesidades del gobierno. La infantería era esencialmente española, miéntras que la caballería estaba reclutada casi por completo en el país, que producía excelentes ginetes y buenos caballos.

¿Qué ha sido de esos bravos soldados del regimiento de Castilla, de las Ordenes Militares, de Zaragoza, de Navarra y de Logroño, de esos valientes ginetes de los regimientos Fieles de Potosí, dragones de la Nueva España, de esos infatigables infantes de Potosí, llamados *tamarindos*?

No pudiendo vencerlos la revolucion, halló la manera de acabar con ellos llamando en su auxilio á la anarquía.

Algo era en aquella época ser oficial de Su Majestad Católica el rey de todas las Españas. Un oficial de las tropas realistas podia ser llamado lo mismo á estar de guarnicion bajo el cielo tropical de la isla de Cuba, que á ir á combatir á los salvajes apaches en las fronteras de Sonora y de Nuevo-México, que á perseguir á los piratas maleses en el archipiélago de las Filipinas, ó á proteger las misiones del Paraguay contra los atrevidos nómades de Chaco, ó á combatir por la autoridad real al pié de los Andes.

Nos considerábamos sucesores de aquellos valientes soldados, y á pesar de las revoluciones, conservábamos todavía muchas tradiciones respetables.

VI

Tarimoro.—El artillero Jamaica.—El cruzamiento de las razas.—Los exploradores.
—El guerillero Villafuerte.—La compañía franca del capitán Clary.—Prestigio del ejército frances.

La columna pasó la noche del 19 al 20 en Tarimoro, pueblo que nada de particular ofrece, y se puso de nuevo en marcha al día siguiente.

Tarimoro habia estado ocupado muchas veces por nuestros enemigos. Poco tiempo ántes de que nosotros pasáramos, el general Mendez habia sorprendido allí á una de sus bandas, que emprendió inmediatamente la fuga, pero no bastante á tiempo para evitar se diera muerte á algunos de sus ginetes y se le hiciera un prisionero, cuya historia va á ocuparnos un poco.

Queriendo dar una leccion á los habitantes que consentian la presencia de los insurrectos entre ellos, se puso al pobre prisionero en *capilla*, es decir, se le encerró en una capilla para que emplease algunas horas de la noche en cumplir con sus deberes religiosos ántes de pasar al otro mundo. Habia sido cogido con las armas en la mano, y por tanto, no podia esperar que se le hiciera gracia. Sin embargo, no faltó quien se interesara por él; se probó al general Mendez que el condenado servia contra su gusto entre los liberales, que estos le habrian fusilado sin compasion, si hubiera manifestado la menor mala voluntad. El general, que no era cruel, como han querido hacerlo creer sus enemigos, sino solamente severo por necesidad, deseaba que le convencieran. Perdonó; ¿pero qué se habia de hacer de aquel muchacho? El capitán Salgado se encargó de él y le hizo artillero de 2ª clase en la 8ª batería.

Sea que se resintiese todavía de las terribles emociones que sufrió la noche que creía sería la última de su vida, sea que fuese naturalmente dócil, Jamaica, tal era el nombre que le daban sus camaradas, estaba dotado de una humildad y de una obediencia ejemplares.

—¿En qué pensabas, le pregunté muchas veces, aquella noche fatal?

—En nada, mi teniente, me respondía; pero tenía yo mucho miedo.

Había permanecido poco tiempo con los republicanos, que le trataban muy mal porque se hallaban ellos mismos en la mayor miseria.

Jamaica llegó á ser uno de los mejores artilleros de nuestra batería, mostró mucho valor durante el sitio de Querétaro, nunca intentó desertar y le cobró verdadero cariño al comandante. El color de su piel era incierto, como sucedía con la mayor parte de nuestros artilleros.

El cruzamiento de las dos razas, blanca é india, muy avanzado ya, ha producido una multitud de tipos difíciles de clasificar, pero generalmente muy bellos, sobre todo en las mujeres. Se les designa bajo el nombre de trigueños. Esta mezcla ha penetrado mas ó menos en casi todas las familias. Hay muy pocas que puedan considerarse de sangre pura de toda mezcla, sea blanca, sea india.

El estado mayor de Maximiliano presentaba los tipos mas diversos. El Emperador era un magnífico hijo de la Germania, de barba rubia y de ojos azules; Miramon, un verdadero pirenaico, su abuelo era bearnés; Mejía, un indio de raza pura de la Sierra Madre; Mendez, un hermoso tipo indio, de semblante lustroso, de bigotes ásperos y largos, pero poco tupidos, de cabellos lácios y negros como azabache. Castillo parecía un sabio encorvado por la edad y por el estudio.

Mendez y otros muchos á quienes conocí, aunque de origen indio, eran verdaderamente españoles por la educacion. Mendez nació en Ario, Michoacan, donde se habla la bella lengua castellana desde la conquista.

A la vanguardia de nuestra columna marchaba la pequeña tropa irregular de los exploradores, que contaban cosa de cincuenta caballos. Era poco; pero también ¡qué hombres! Mitad soldados, mitad bandidos, habían sido reclutados entre la flor y nata de los guerrilleros de la provincia, y prestaban grandes servicios por su audacia y su conocimiento del terreno. Se habría podido decir que olfateaban de lejos á los republicanos. Tenían ojos de águila, y descubrían al enemigo por distante que estuviese. Su jefe, un tal Villafuerte, era digno de mandar á semejantes hombres, porque les superaba mucho en experiencia y valor. Alto y perfectamente proporcionado, siempre montado admirablemente y vestido con un rico traje nacional, llevando un ancho sombrero bordado de oro y de plata, bajo el cual se abrigaba un semblante huesoso, abronzado é imberbe, Villafuerte era un magnífico tipo de guerrillero. Excelente ginete, tenía maneras de rico propietario de hacienda. Esa elegancia natural contrastaba con su ignorancia. Villafuerte ni siquiera sabía leer. Su hermano, que se le parecía mucho bajo todos aspectos, estaba encargado de la administracion de su pequeño escuadron; administracion muy simplificada, por otra parte, porque cada soldado recibía un sueldo elevado, con el cual atendía á todas sus necesidades.

Cuando el general Mendez partía para una expedicion, llevaba siempre á Villafuerte y á sus exploradores consigo, y sabía sacar de ellos los mas útiles servicios. ¿Temía una emboscada, quería, por medio de un movimiento atrevido, descubrir al enemigo ó reconocer el terreno? El general Mendez llamaba en el acto á Villafuerte, le daba algunas instrucciones, y se

veía á este último, seguido de sus intrépidos partidarios, lanzarse en la dirección indicada, y llevar á cabo las misiones más difíciles, con una habilidad admirablemente secundada por una rara audacia y una sangre fría prodigiosa.

Las heridas más graves parecían incomodar apenas á nuestro guerrillero, cuyo cuerpo de hierro era infatigable. Se contaban de él rasgos fabulosos. El general Mendez le manifestaba cierta consideración, aunque en el fondo le estimaba muy poco.

Villafuerte y sus soldados no tenían opiniones políticas bien fijadas; pero servían al Imperio porque estaban bien pagados, y le servían fielmente; así es que eran fusilados sin piedad cuando caían en poder del enemigo. Muchos de ellos habían servido en la banda de Romero, ese famoso guerrillero que dió tanto quehacer á los soldados del cuerpo expedicionario francés, y que acabó por ser fusilado en la plazuela de Mixcalco en México.

El general Mendez tenía plena confianza en sus exploradores; deplorando en secreto verse obligado á servirse de semejante gente, me confesó que con ellos se aventuraba en los sitios más peligrosos, sin temer nada de un enemigo diez veces más numeroso. Por otra parte, Villafuerte era un hombre temible; probablemente habría obrado por su propia cuenta si se hubieran rehusado sus servicios. Habría dado mucho quehacer en semejante caso, y era preferible tenerle por auxiliar que por enemigo; tanto más, cuanto que en la guerra de partidos que se hacía en aquella época, la experiencia había demostrado, por desgracia, que las tropas de línea eran á veces muy inferiores á una banda de atrevidos guerrilleros bien mandados.

Si el general Mendez, á pesar de su severidad en materia de honor y de disciplina, se veía obligado, por decirlo así, á

contar con hombres como Villafuerte, fácil es de calcular cuáles serían los elementos que los disidentes admitían en su seno.

Los jefes republicanos no podían ser difíciles; por consiguiente admitían todo, y muchas veces se veían en la obligación de cerrar los ojos sobre los imperdonables abusos de sus peligrosos auxiliares.

Para combatir ventajosamente á estos últimos, se necesitaban jefes de columna como el general Mendez, ú oficiales de un temple especial, como el capitán Clary, comandante de una compañía franca, formada con hombres escogidos, tomados de los diferentes cuerpos de tropas francesas.

La compañía franca del capitán Clary hizo prodigios de valor y de habilidad en los países limítrofes de Michoacán, sin atraerse, como la contraguerrilla del coronel Dupin, la execración universal por medidas injustas ó demasiado severas respecto del enemigo, con el que se confundía algunas veces á los neutrales, y aun á los amigos!..... La compañía del capitán Clary habría atacado sola, si hubiera podido alcanzarle, á todo el ejército republicano reunido, llamado ejército del centro, que mandaba el tenaz Régules, y le habría derrotado sin duda, á juzgar por el estado de miseria y de desorganización á que habían llegado los republicanos con motivo de sus derrotas sucesivas.

La presencia sola de la compañía franca en Queréndaro, grande hacienda situada á una jornada de Morelia, protegía esta ciudad cuando el general Mendez se ausentaba con la totalidad de sus tropas.

Cuando el ejército francés desembarcó en México, los zuevos y los Cazadores de África llegaron precedidos de una reputación heroica y colosal, á causa de las mil narraciones de las campañas de Crimea y de Italia, cuyas traducciones son excesivamente populares entre los mexicanos. Sin exagera-

cion, los Cazadores de Africa correspondieron bastante bien á lo que de ellos se esperaba. Sus caballos causaban la admiracion de todos. Seria injusto, sin embargo, creer que los mexicanos les fuesen inferiores en valor personal; pero la organizacion, apénas bosquejada, de la caballería republicana, el mal estado de sus caballos y de su armamento, eran las causas principales de su inferioridad.

Muchas veces oí á los oficiales de la caballería liberal que habian combatido contra la caballería francesa en Cholula y en Atlixco, durante el sitio de Puebla, contar esas brillantes acciones. Confesaban que en el momento de la carga se creian en el dia del juicio final. No podian oponer otra cosa que el valor de la desesperacion contra el formidable choque de los caballos árabes y de los terribles sablazos de los Cazadores de Africa. Sus escuadrones sin consistencia eran rechazados como por un huracan; la fuga, en la que muchos soldados buscaban la salvacion, no era posible ante los corceles que montaban los Cazadores.

De ahí el secreto de esas carnicerías de que todavía se habla. La caballería de la frontera, mandada por Quiroga, resistia valientemente; pero ¿qué podia esperarse de los partidarios indisciplinados de Carbajal?

VII

Celaya.—La brigada del coronel Quiroga.—El gefe republicano Franco.—El campo de batalla de la Estancia de las Vacas.

Nuestra columna levantaba al andar una nube de polvo mezclado con salitre, de que está lleno el terreno vecino de Celaya. Este polvo causaba sed á gentes y animales, lo que agregado á un fuerte calor, nos hacia desear ardientemente llegar á Celaya.

Esta ciudad, donde pasamos la noche del 21 de Febrero, es de bastante importancia. Forma parte del país llamado Bajío, uno de los mas poblados de México, y cuyas principales ciudades son: Silao, Leon y Salamanca. Celaya posee fábricas de sarapes que gozan de gran reputacion en el país.

El coronel Quiroga se hallaba en Celaya con su brigada de caballería de la frontera del Norte. Como nosotros, las tropas de Quiroga habian tenido que evacuar los pueblos que guarnecian, y luego San Luis, para replegarse á Querétaro.

Mas tarde tendré ocasion de hablar de Quiroga, que ha escapado á los fusilamientos, y que, á lo que creo, está llamado á representar algun dia un papel importante en los destinos de México. Es un hombre valiente, hijo natural del viejo D. Santiago Vidaurri. Ha heredado toda la influencia y todo el prestigio que tenia su padre en las provincias del Norte.

Los ginetes de la Frontera, que acababan de distinguirse pocos dias ántes en la Quemada, estaban medianamente montados, bien armados, y llevaban blusas grises, fabricadas, en su origen, para los batallones de cazadores franco-mexicanos.

Celaya posee magníficos conventos, de los cuales uno sobre todo, en el que estaba alojada provisionalmente mi batería, ofrece un aspecto monumental imponente. Como en todas partes, la poblacion estaba dividida en dos campos políticos, pero allí dominaban los conservadores; de manera que la ciudad no estaba en olor de santidad entre los republicanos.

Un vecino me contó que en una requisicion hecha algunos dias ántes por el famoso guerrillero republicano Franco, habia tenido que dar su caballo, al que queria mucho.

—Luego que la guarnicion abandonó nuestra ciudad, me dijo, Franco entró á la cabeza de una banda de caballería, de aspecto miserable. Permaneció aquí poco tiempo; pero ántes de partir recogió todos los caballos, fusiles y otros objetos

necesarios á su tropa, sin contar con el dinero que produjo un préstamo forzoso, dando en cambio de todo bonos de ilusorio valor.

Mi interlocutor me declaró con franqueza que no pensaría mucho en su caballo si hubiera tenido que cederle á los imperiales; pero que sentiría toda su vida haber contribuido así, aunque contra toda su voluntad, á remontar á Franco.

Cuando los imperialistas ocuparon de nuevo la ciudad, se trabajó inmediatamente en ponerla en estado de defensa: se organizó un batallón de tropas provinciales, que se distinguió en Querétaro, al mando de un oficial superior llamado Gayón. Todo el Bajío, y particularmente Celaya, dió excelentes soldados. El reclutamiento voluntario se practica allí mas fácilmente que en cualquiera otra parte.

El 22 nuestra columna se puso de nuevo en marcha para Querétaro. El camino fué bastante agradable hasta Apaseo, y no fué señalado por ningun incidente notable, sino por la vista de varios cadáveres de ladrones colgados de los árboles que hay á orillas del camino. Un destacamento de caballería de Celaya los habia sorprendido en el momento en que desbalijaban una diligencia. Fueron muertos ó fusilados y colgados despues. Sus cadáveres, disecados ya, presentaban un aspecto horrible.

Pasamos la noche del 22 al 23 en Apaseo, pueblo encantador situado á cuatro leguas de Querétaro, y salimos de allí al despuntar el dia.

Llegamos luego á la Estancia de las Vacas, lugar célebre en los anales de la guerra civil, por haber sido testigo de una victoria obtenida por el general Miramon, presidente entónces, sobre las tropas revolucionarias.

Los disidentes estaban mandados por Degollado, organizador infatigable de las fuerzas militares del partido republica-

no. Degollado era una de las grandes figuras de este partido; fué muerto por los nuestros, pero despues de haber visto el triunfo de la causa que sirvió con una constancia y una inteligencia poco comunes.

Los revolucionarios ocupaban una posicion formidable que parecia inexpugnable á primera vista. Miramon contaba para combatirlos con tropas muy inferiores en número, pero bastante bien disciplinadas. En aquella época el general habia llegado al punto culminante de su fortuna. Los atacó con ese valor y esa audacia que hicieron su reputacion. La fortuna le sonrió una vez mas, y derrotó completamente á los liberales.

El general Mendez mandaba entónces un batallón de cazadores á pié, que se distinguió mucho en aquel hecho de armas. Varios oficiales que tomaron parte en él, nos contaron sus peripecias; su narracion entusiasta nos inflamaba de tal modo, que anhelábamos con todo nuestro corazon una nueva edicion de aquel combate, ansiosos de probar que en nada les cediamos á nuestros antecesores.

VIII

Querétaro.—El Emperador.—Revista pasada por el Emperador ántes de nuestra entrada á Querétaro.—Aspecto de Querétaro.—Revista en el llano de Carretas de las fuerzas imperiales reunidas ántes de nuestra llegada.—El primer batallón de artillería.

¡Al fin descubrimos Querétaro! Nos dijeron que el Emperador iba al encuentro de la columna para pasarle revista ántes de que entrara á la ciudad. Esta noticia produjo en nosotros una loca alegría. Inmediatamente se tomaron dispo-

siciones para recibir dignamente al soberano; la columna se formó en batalla en el camino, y aguardó.

La espera fué corta. Pronto vimos un torbellino de polvo que se adelantaba rápidamente hácia nosotros. El Emperador se presentó á nuestra vista, rodeado de un brillante estado mayor, del que formaban parte Márquez y Miramon.

Al verle, una conmocion eléctrica recorrió la columna de uno á otro extremo; las tropas le acogieron con los gritos frenéticos de ¡viva el Emperador! A su lado se hallaba el general Mendez, que le enseñaba, con un orgullo fácil de comprender, las viejas y fieles tropas que tantas veces habia conducido á la victoria.

Las bandas de los cuerpos tocaban el himno nacional, los tambores batian marcha. El Emperador, conmovido, se detuvo frente al cuerpo que llevaba su nombre, quiso tomar la bandera de su batallon y le dirigió algunas nobles palabras, de esas que llegan al alma y que tan fácilmente sabia encontrar en semejantes circunstancias.

Los viejos soldados indígenas, que hasta entónces le habian servido con tanta fidelidad, y que debian ver algunos dias despues segadas sus filas por defenderle, respondieron con frenéticas aclamaciones.

Recordaré toda mi vida, como si hubiera sido ayer, el momento en que el Emperador Maximiliano llegó frente á nosotros y miró nuestra batería con interes.

¡Qué hermoso y qué lleno de majestad era aquel noble descendiente de los Césares germanos! ¡Qué bien se reflejaban en su elevada estatura, en sus grandes ojos azules y en su blanco semblante, la grandeza y la nobleza de su alma!

¡Viva el Emperador! tal era el grito que se escapaba de todos los pechos.

Mas tarde supe que la impresion que produjo en el Empe-

rador el aspecto de nuestra columna y la recepcion que le hicimos fué de las mejores; comprendió que con semejante refuerzo se podia esperar todavía la victoria, y sintió amargamente no haber conocido ántes esas tropas nacionales tan modestas, pero demasiado abandonadas por sus ministros, y que iban á probarle su adhesion á su augusta persona.

Concluida la revista, entramos á Querétaro. Esta ciudad, de cierta importancia, se parece á todas las ciudades de la América española; se ven allí calles cortadas en ángulo recto, numerosas iglesias ó antiguos conventos, de una arquitectura en que están confundidos los estilos morisco y gótico, y cuyas cúpulas y torres, vistas de léjos, darian al viajero que no estuviese acostumbrado á recorrer aquellos pueblos, una falsa idea de la importancia real de la ciudad.

La poblacion, donde dominaba el elemento conservador, nos recibió muy bien: ya por fin hay verdaderas tropas nacionales, se decia, y los antiguos vecinos nos confesaban, tal vez con demasiada parcialidad, que no las habian visto iguales desde la guerra contra los americanos.

Yo creia encontrar en Querétaro algunos de aquellos cuerpos, nuevamente organizados, de que tanto habiamos oido hablar, y tropas mas brillantes por lo ménos que las nuestras; pero nada de eso. La política fatal de los primeros años del Imperio, los últimos desastres, la retirada del cuerpo expedicionario y de las legiones extranjeras, el licenciamiento de los batallones de cazadores franco-mexicanos, habian dejado desprovisto al Imperio, y sin la llegada de nuestras tropas de Michoacan, no se habria podido detener al enemigo mas que ante los muros de la capital, porque las tropas concentradas en Querétaro no eran bastante numerosas, ni estaban en estado de poder emprender una campaña séria. Por otra parte, para asegurarme de ello, me aconsejaron que asistiese á la

revista de estas últimas, reunidas en el llano de Carretas, al Sur de la ciudad, adonde el Emperador se había dirigido después de habernos recibido.

Luego que las exigencias del servicio me lo permitieron, corrí allá á caballo, llegué á tiempo para ver el desfile, y me desengañé cruelmente.

A la cabeza marchaba la 3ª compañía de ingenieros, cuyo buen aspecto me llamó la atención. Iba después otro cuerpo por el cual tenía yo un interés fácil de comprender: los cazadores franco-mexicanos; este pequeño batallón era el resto de los cuerpos conocidos con el nombre de Cazadores de México, licenciados en el momento en que cesó la Intervención, muchos de cuyos oficiales, suboficiales y soldados habían salido del ejército francés.

Más de una vez tendré ocasión de hablar de aquella valiente tropa.

Seguía la guardia municipal de México. La mandaba el joven y caballeroso Rodríguez, antiguo oficial del Emperador, y que, como la mayor parte de sus oficiales, debía encontrar muy pronto una muerte gloriosa.

Los otros cuerpos dignos de notarse eran el 7º de línea, los tiradores de la frontera y el batallón de Celaya. Este último tenía un nombre glorioso en los anales militares del país.

El batallón provincial de Celaya había sido, desde su origen, uno de los mejores sostenes del poder de los vireyes. Su último coronel, Iturbide, terror de los insurgentes de la época, llegó á ser emperador. La historia y el carácter de este soberano efímero, ofrecen extraordinarios puntos de contacto con la historia y el carácter de Murat.

El batallón de Celaya que estaba en el sitio de Querétaro, con sus blusas grises y sus harapos, se parecía poco al anti-

guo batallón de Celaya, que llegó á ser en México la pequeña guardia pretoriana del Emperador Iturbide; pero á lo menos no le cedía un ápice en valor, y lo probó, por otra parte, algunos días después de la revista de que hablo.

Tocó su vez á la caballería y me desilusionó todavía más. Apenas el regimiento de la Emperatriz, mandado por oficiales valientes y distinguidos, un escuadrón de la guardia municipal de México y otro de húsares austro-mexicanos, merecían verdaderamente el nombre de caballería regular; el resto no era más que *chinaca verde*, como decían irónicamente los oficiales de mejor época, haciendo alusión á la *chinaca roja*, sobrenombre dado á las bandas indisciplinadas de caballería republicana, vestidas de blusas rojas, por las que profesábamos el más profundo desprecio.

El mal estado de los caballos, la organización muy reciente de algunos escuadrones, y la composición todavía más inferior de algunos otros que llevaban el nombre de auxiliares y de guardias rurales, les quitaban toda importancia el día de una batalla formal; estaban buenos, cuando mucho, para servir de exploradores.

Nos consolaba pensar que en último análisis valían tanto como nuestros adversarios.

Debo, sin embargo, exceptuar de esta última clasificación dos regimientos de voluntarios reclutados en la provincia de la frontera del Norte. Era la brava caballería del coronel Quiroga, llena de ardor, hábilmente mandada, bien armada y equipada de nuevo, de la que ya he hablado.

La artillería no correspondía á lo que me había esperado.

Muchas veces, en marcha para Querétaro, pensábamos con tristeza en la mala figura que haría nuestra batería comparada con las que se hallaban reunidas en aquella ciudad; pero no sucedió así. Si el material de las otras baterías estaba en bas-

tante buen estado, el personal, improvisado por el coronel Arellano y mandado por oficiales, torpes en su mayor parte por haber dejado de servir largo tiempo, era mediano, y nuestros artilleros, con sus uniformes de antiguo reglamento (uniformes copiados del modelo frances), tenían buena apariencia.

Por fortuna, la artillería se mejoró cada vez mas, gracias á los cuidados del coronel Arellano, nombrado general por el Emperador durante el sitio. La actividad y la inteligencia superior del general Arellano se hicieron proverbiales.

Muchas veces se nos presentará la ocasion de hablar de nuevo de este personaje, que conquistó una gran celebridad durante y despues de los acontecimientos que causaron la caída del Imperio. Por ahora diré que ningun gefe de cuerpo ha tenido jamas un prestigio tan grande sobre sus subordinados como el coronel Arellano. Sus vastos conocimientos en el arma, sus brillantes antecedentes, su distincion y su valor, le daban una superioridad incontestable é incontestada. No teniamos mas que cuarenta piezas, pero esperábamos otras dos baterías que debian acompañar un convoy formado en la capital.

IX

Honras fúnebres por el descanso del alma de Joaquin Miramon.—Ejecucion de Joaquin Miramon.—El desastre de San Jacinto.—Ejecucion de los gendarmes imperiales de Guadalajara.

Al siguiente dia de nuestra llegada á Querétaro, hubo en la iglesia de San Francisco honras fúnebres por el descanso del alma de Joaquin Miramon, hermano del general Miramon. Todos los oficiales fueron invitados á asistir. El Emperador

honró la ceremonia con su presencia. La iglesia contenia, ademas, muchos partidarios del Imperio.

Las circunstancias que causaron la muerte de Joaquin Miramon bien merecen algunos detalles.

En el desgraciado hecho de armas de San Jacinto, dos regimientos de nuestra caballería, el 2º y el 9º, organizados de prisa con escuadrones de guardias rurales, huyeron acometidos de pánico é introdujeron el desórden en la infantería. El general Miramon estaba desesperado; sus esfuerzos para detener al enemigo y la fuga de los suyos, habian sido infructuosos. Un cuerpo republicano, del que mas tarde hablaremos, los cazadores de Galeana, armados de rifles americanos de diez y seis tiros, hacia sobre los nuestros un fuego nutrido y certero. Miramon, á pié, dirigió los últimos tiros de cañon. Sabiendo que su hermano Joaquin acababa de ser gravemente herido en un pié, corrió á encontrarle y le ordenó que se retirara del campo de batalla. Joaquin insistió en quedarse y sostener la retirada con sus tiradores; pero el general Miramon repitió su órden formal y Joaquin subió á una carretela.

Pocas horas despues, Joaquin caia en manos de los republicanos, que le condujeron á la hacienda de Tepetates, donde se encontraba todavía cuando Juarez supo que Miramon, que habia logrado unirse con las tropas del general Castillo en el camino de San Luis, acababa de tomar la revancha en la Quema el 1º de Febrero de 1867.

En esta accion, un jóven general de los republicanos se hizo matar cargando valientemente á la cabeza de una columna de caballería. Su cadáver, recogido por los imperiales, fué respetuosamente enterrado por órden de Miramon.

Por desgracia para Joaquin, algunos republicanos, deseando hacer de aquel jóven gefe muerto con honor, un mártir de su causa, dijeron á gritos que habia sido fusilado de órden de los